

Los padres fundadores de Euskadi

JOSÉ LUIS DE LA GRANJA SAINZ
CATEDRÁTICO DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA DE LA UPV/EHU

El primer Estatuto vasco cumple 80 años esta primera semana de octubre, cuando PNV y el Frente Popular lo aprobaron



En la primera semana de octubre se cumple el 80 aniversario de dos hechos históricos cruciales: la aprobación del Estatuto vasco por las Cortes republicanas, reunidas en Madrid el 1 de octubre de 1936, y la formación del primer Gobierno vasco de José Antonio Aguirre, constituido en Gernika el 7 de octubre de 1936. El Gobierno de Iñigo Urkullu ha decidido celebrar esta efeméride haciendo día festivo el próximo 7 de octubre.

En la historia vasca contemporánea hay pocas fechas tan trascendentales como las citadas de 1936. Cabe mencionar el 25 de octubre de 1839 y el 21 de julio de 1876, en que las Cortes aprobaron sendas leyes sobre los Fueros, y el 25 de octubre de 1979, cuando la sociedad vasca refrendó el Estatuto de Gernika.

Esos hechos acaecidos en la Guerra Civil son tan relevantes porque representaron el nacimiento institucional de Euskadi. En octubre de 1936 Euskadi pasó de ser un proyecto político, impulsado sobre todo por los nacionalistas, a convertirse en una realidad jurídica y po-

lítica, compartida por el PNV y el Frente Popular, aliados contra las fuerzas sublevadas en julio de dicho año. Ya lo vislumbró en 1931 el jeltzale Manuel Irujo cuando afirmó que «la existencia del Estatuto es tanto como la existencia de Euzkadi», porque «es el reconocimiento de nuestra personalidad ante España y ante el mundo».

Por ello, merece la pena recordar quiénes fueron los padres fundadores de Euskadi, del mismo modo que otros países homenajean a los suyos. A mi juicio, la Euskadi nacida en la Guerra Civil tuvo trece fundadores: los padres del Estatuto de 1936 y los consejeros del primer Gobierno vasco, que emanó de aquel, pues su aprobación por las Cortes del Frente Popular hizo posible el surgimiento del Ejecutivo autónomo.

Los principales artífices del primer Estatuto fueron dos grandes líderes rivales hasta entonces: el socialista Indalecio Prieto y el nacionalista José Antonio Aguirre, el presidente y el secretario, respectivamente, de la Comisión parlamentaria de Estatutos. Ambos consensuaron

su texto en la primavera de 1936, antes del golpe militar, y en septiembre negociaron en Madrid su entrada en vigor con un procedimiento de urgencia para la elección del lehendakari y la creación de su Gobierno provisional. Como dicho texto obedeció sobre todo a las ideas del diputado socialista, ha sido denominado el Estatuto de Prieto o de las izquierdas. «El hombre del Estatuto», llamó a Prieto Manuel Irujo, quien fue, a su vez, «el ministro del Estatuto», ya que aceptó ingresar el 25 de septiembre en el Gobierno de Largo Caballero a cambio de la inmediata ratificación parlamentaria de la carta autonómica el 1 de octubre. Por ello, le considero el tercer padre del Estatuto de 1936.

Los otros diez fundadores de Euskadi fueron los consejeros del Gobierno de Aguirre, quien, además de lehendakari, fue consejero de Defensa, la cartera más importante en plena guerra. Por este doble cargo y por su gran carisma, Aguirre concentró poderes extraordinarios, hasta el punto de que su Gobierno fue presidencialista, aun siendo de gran coalición al estar integrado por seis partidos, el PNV y los

cinco del Frente Popular: el PSOE, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Acción Nacionalista Vasca y el Partido Comunista de Euzkadi.

He aquí los nombres de esos diez consejeros con sus departamentos: los jeltzales Jesús María Leizaola (Justicia y Cultura), Telesforo Monzón (Gobernación) y Heliodoro de la Torre (Hacienda); los socialistas Santiago Aznar (Industria), Juan de los Toyos (Trabajo) y Juan Gracia (Asistencia Social); los republicanos Ramón María Aldasoro (Comercio y Abastecimientos) y Alfredo Espinosa (Sanidad); el aeneuvista Gonzalo Nárdiz (Agricultura) y el comunista Juan Astigarrabia (Obras Públicas).

¿Qué rasgos les caracterizaban? En primer lugar, su juventud: era un Ejecutivo muy joven, con una media de edad de 38 años y un presidente que solo tenía 32. Todos eran vizcaínos o guipuzcoanos. La mayoría vizcaína (siete: de ellos seis de Bilbao o Barakaldo) coincidía con el principal territorio sobre el cual ejerció su jurisdicción hasta junio de 1937. Socialmente, bastantes pertenecían a las clases medias (tres abogados, un médico) y algunos a las clases trabajadoras, habiendo un miembro de una familia aristocrática guipuzcoana: Monzón. Casi todos fueron diputados, alcaldes o concejales durante la II República. Siete formaron parte de las Juntas de Defensa de Bizkaia y Gipuzkoa, gobiernos de hecho en el verano de 1936 que fueron la cantera principal y el precedente inmediato del gabinete de Aguirre. Todos ellos fueron dirigentes de sus partidos y tres eran también destacados sindicalistas: De la Torre, vicepresidente de ELA-STV; Aznar y De los Toyos, altos cargos de la UGT, entonces sindicatos afines al PNV y al PSOE, respectivamente.

Este primer Gobierno vasco, que sobrevivió en el exilio durante casi diez años, tuvo seis bajas: dos en la Guerra Civil, otras tantas en la II Guerra Mundial y las dos últimas en la posguerra mundial. La primera y la más trágica fue la del republicano Espinosa, fusilado por los franquistas en Vitoria el 26 de junio de 1937, convirtiéndose en «el mártir del Gobierno de Euzkadi». La segunda baja fue el comunista Astigarrabia, expulsado de su partido por aguirrista en 1937. En los años 40 murieron Gracia, en el París ocupado por los nazis, y De la Torre, en Bayona, mientras que el prietista De los Toyos y el aguirrista Aznar, exiliados en México, dimisieron por motivos opuestos.

La importancia otorgada por Aguirre a la unidad vasca hizo que su segundo Gobierno, constituido en Bayona en 1946, estuviese compuesto por los mismos partidos del primero.

En suma, Euskadi nació en octubre de 1936 con un Gobierno muy plural y transversal, de nacionalistas y no nacionalistas, liderado por el lehendakari Aguirre. Su legado continúa vigente 80 años después.

Merkel ante las tormentas

JOSÉ M. DE AREILZA
CÁTEDRA JEAN MONNET-ESADE

Robert Caro, el gran biógrafo de Lyndon B. Johnson, propone medir el liderazgo «según lo que uno consigue hacer, teniendo en cuenta la magnitud de los desafíos afrontados». Angela Merkel, al frente del Gobierno alemán en la época más difícil de la integración europea que se recuerda, ha emergido como líder continental y además en solitario. Ningún otro diri-

gente europeo puede competir con ella a la hora de intentar superar las distintas crisis que asedian a la UE. La supervivencia y rediseño de la moneda común, aún no finalizado, ha sido su principal tarea. Pero desde el año pasado, la crisis de refugiados, conectada con el auge de los populismos, y ahora con los efectos negativos del 'Brexit', ocupan la atención preferente de la canciller. Merkel ha conge-

lado el desarrollo de la eurozona, un proyecto muy impopular entre muchos votantes alemanes, que lo entienden como una costosa suma de transferencias de países acreedores a los deudores. En septiembre del año pasado la canciller decidió abrir Alemania a los refugiados con el fin de evitar una crisis humanitaria y al interpretar que tenía un doble deber jurídico y moral. Esta polémica decisión le ha

debilitado seriamente. Hoy se vota en referéndum en Hungría el rechazo al plan europeo de reparto de refugiados, que en cualquier caso ya ha fracasado. Hace unos días, tras perder su partido por segunda vez en pocas semanas unas elecciones regionales, Merkel entonaba el mea culpa, con frases ambiguas como «debemos comunicar mejor... No estábamos preparados... Si pudiera volver en el tiem-

po, lo haríamos de otra manera... Nadie quiere que esta situación se repita, yo tampoco». No acertaba a explicar qué corregiría, porque su acercamiento a la política es el propio de una científica, que aspira a solucionar problemas a partir de un análisis minucioso y desapasionado de hechos y datos. Mientras recoge velas, no anuncia un techo máximo de acogida de inmigrantes ni cede en su política de fondo. Ante el avance de Alternativa por Alemania, la formación de ultraderecha pronto presente en el Parlamento nacional, busca reforzar sus alianzas con los socialdemócratas para consolidar un bloque de centro resistente a los extremos. Ya no será

una gran coalición sino una alianza de sensibilidades moderadas, pensada para aguantar el embate de los nuevos partidos. Nadie sabe si la canciller llegará con fuerzas a las elecciones generales de 2017. Pero sería un error minusvalorarla: no hay otro político en Europa con una combinación igual de inteligencia, capacidad de trabajo y experiencia, y que obtenga tanto rendimiento de un puesto con un inmenso capital político a su disposición. El general De Gaulle decía al final de su paso por la vida pública que «lo más interesante del poder son las tormentas», una afirmación que con igual sentido del humor podría hacer hoy la canciller alemana.